

Los marcos antiguos son mi pasatiempo. Siempre estoy al acecho entre los enmarcadores y comerciantes de curiosidades en busca de algo pintoresco y único. No me importa lo que hay dentro del marco, porque, siendo pintor, me gusta obtener primero los marcos y luego pintar un cuadro que se adapte a su probable historia y diseño. De esta manera saco algunas ideas curiosas y, creo, también originales.

Un día de diciembre, aproximadamente una semana antes de Navidad, compré en una tienda cerca del Soho un espécimen tallado en madera fina pero en mal estado. El dorado estaba casi desgastado y tres de las esquinas estaban rotas; sin embargo, como aún quedaba una de las esquinas, esperaba poder reparar las otras. En cuanto al lienzo dentro de este marco, estaba tan cubierto de suciedad y humedad que solo pude distinguir que había sido una especie de retrato, muy mal pintado, de una persona común, embadurnado por un pobre pintor en ebullición para llenar el marco que su patrón pudo haber adquirido a bajo precio, como yo lo había hecho después de él; pero como el marco estaba bien, me llevé también el lienzo estropeado, pensando que podría ser útil.

Durante los días siguientes mis manos estuvieron ocupadas en trabajos de diversa índole, de modo que solo en la víspera de Navidad me encontré en libertad para examinar mi compra, que había estado apoyada contra la pared desde que la llevé a mi estudio. Como no tenía nada que hacer esa noche y no estaba de humor para salir, tomé mi marco y, sobre la mesa, con una esponja, palangana con agua y un poco de jabón, comencé a lavarlo.

Creo que usé buena parte de un paquete de jabón en polvo y tuve que cambiar el agua una docena de veces antes de que el patrón comenzara a aparecer en el marco, y el retrato dentro de él afirmó su horrible tosquedad, dibujo vil de intensa vulgaridad. Era claramente el rostro hinchado y porcino de un tabernero, con una abundante provisión de joyas exhibidas, como es habitual en este tipo de obras maestras, donde las características no se consideran de tanta importancia como una fidelidad estricta en la representación de artículos como relojes, anillos y prendedores para el pecho; todo eso estaba ahí, tan natural y duro como la realidad.

El marco me deleitó, y la imagen me convenció de que no había engañado al comerciante con mi precio. Estaba mirando la monstruosidad mientras la luz de gas la iluminaba de lleno, y me preguntaba cómo el dueño pudo haber estado complacido con esta representación, cuando algo en el fondo atrajo mi atención: una ligera marca debajo, como si el retrato hubiera sido pintado sobre otro tema.

Ciertamente no era mucho, pero sí suficiente para hacerme correr hacia mi alacena, donde guardaba mis licores y agüarrás, con los cuales, y una abundante provisión de trapos, comencé a demoler sin piedad al tabernero con la vaga esperanza de que podría encontrar algo que valga la pena debajo.

Fue un proceso lento, además de delicado, de modo que fue cerca de la medianoche cuando los anillos dorados y el rostro bermellón desaparecieron y otra imagen apareció ante mí. Le di el último lavado, lo sequé y lo puse a buena luz sobre mi caballete, mientras llenaba y encendía mi pipa, y luego me senté para mirarlo.

¿Qué había liberado de aquella vil prisión de pintura cruda? Porque no necesitaba conocer su identidad para saber que este chapucero había tapado y profanado una obra tan lejos de su comprensión como las nubes lo están de la oruga.

El busto y la cabeza de una joven de edad incierta, fundidos dentro de una penumbra de ricos accesorios pintados como sólo puede hacerlo una mano maestra que está por encima de afirmar su saber, y que ha aprendido a revestir su técnica. Era tan perfecta y natural en su dignidad sombría pero tranquila como si hubiera salido del pincel de Moroni.

Una cara y un cuello perfectamente descoloridos en su pálida blancura, con las sombras tan ingeniosamente manejadas que no podían ser vistas, y por esta cualidad habría encantado a la reina Bess.

Al principio, mientras miraba, vi en el centro de una vaga oscuridad una mancha tenue de penumbra gris que se perdía en la sombra. Luego, el gris pareció volverse más claro cuando me senté y me recliné en mi silla hasta que los rasgos se deslizaron suavemente y se volvieron claros y definidos, mientras que la figura se destacaba del fondo como si fuera tangible, Sabía que había sido pintada con extrema delicadeza.

Rostro atento, nariz delicada, labios bien formados, aunque exangües, y ojos como cavernas oscuras sin una chispa de luz en ellos. El pelo suelto alrededor de la cabeza y las mejillas ovaladas, maciza, de textura sedosa, negro azabache y sin brillo, que ocultaba la parte superior de la frente, con las orejas, y caía en ondas rectas e indefinidas sobre el pecho izquierdo, dejando la parte derecha del cuello expuesta.

El vestido y el fondo eran sinfonías de ébano, pero llenos de sutil colorido y sentimiento magistral; un vestido de rico terciopelo brocado con un fondo que representaba un vasto espacio en retroceso, maravillosamente sugestivo e inspirador. Noté que los labios pálidos estaban ligeramente separados y dejaban entrever los dientes frontales superiores, lo que se sumaba a la expresión atenta de la cara. El labio inferior era carnoso y sensual, o lo hubiera sido de tener algo de color.

Era una cara de aspecto espeluznante que había resucitado en esta medianoche de la

víspera de Navidad; en su palidez pasiva parecía como si la sangre hubiera sido drenada del cuerpo, y yo estuviese mirando un cadáver con los ojos abiertos.

El marco, noté por primera vez, parecía haber sido diseñado con la intención de llevar a cabo la idea de la vida en la muerte. Lo que antes parecían flores y frutas eran repugnantes gusanos enroscados entre los huesos del osario que cubrían, a medias, de forma decorativa; un diseño espantoso a pesar de su exquisita mano de obra, que me hizo estremecer y desear haber dejado la restauración a la luz del día.

No soy para nada de temperamento nervioso, y me hubiera reído si alguien me hubiera dicho que tenía miedo. Sin embargo, mientras estaba sentado, solo, con ese retrato frente a mí en este estudio solitario, lejos de todo contacto humano, lo experimenté. Deseé haber pasado la velada de una manera más agradable, porque a pesar de un buen fuego en la estufa y el gas brillante, ese rostro atento y esos ojos inquietantes estaban ejerciendo una extraña influencia sobre mí.

Escuché los relojes de los diferentes campanarios dar la última hora del día, uno tras otro, como ecos que retoman un estribillo y se apagan en la distancia, y todavía estaba embelesado, mirando esa imagen extraña, con mi descuidada pipa en la mano y una vaga lasitud que se apoderaba de mí.

Eran los ojos los que me fijaron en sus profundidades insondables y su intensidad absorbente. No emitían luz, pero parecían atraer mi alma hacia ellos, y con ella mi vida y fuerza mientras yacía inerte ante ellos. Vencido, perdí el conocimiento y soñé.

Pensé que el marco todavía estaba en el caballete con el lienzo, pero la mujer se había apartado de ellos y se acercaba a mí con un movimiento flotante, dejando atrás una bóveda llena de ataúdes, algunos cerrados mientras que otros estaban acostados o de pie, y abiertos, mostrando su contenido grisáceo, en descomposición.

Solo podía ver su cabeza, sus hombros, y la abundante cabellera negra como la tinta colgando alrededor.

Ella estaba conmigo ahora, ese rostro pálido tocándome la cara y esos labios fríos y sin sangre pegados a los míos en un beso cercano y prolongado, mientras el suave cabello negro me cubría como una nube y me estremecía de principio a fin con una deliciosa emoción que me embriagó de placer.

Mientras respiraba, ella parecía absorber mi aliento, haciéndose más fuerte a medida que yo me debilitaba, mientras el calor de mi contacto pasaba a ella y la hacía palpar de vitalidad.

Y de repente el horror de la muerte se apoderó de mí. Con un esfuerzo frenético la arrojé lejos de mí y me levanté de mi silla, aturdido y sin saber dónde estaba. Luego

recuperé la conciencia y miré a mi alrededor como un lunático.

El gas todavía ardía brillantemente, mientras el fuego quemaba rojizo en la estufa. Por el reloj de la repisa de la chimenea vi que eran las doce y media.

La imagen y el marco todavía estaban en el caballete, solo que, cuando los miré, el retrato había cambiado, un rubor frenético estaba en las mejillas mientras los ojos brillaban con vida y los labios sensuales estaban rojos y de aspecto maduro, todavía con una gota de sangre sobre el inferior. En un frenesí de horror, agarré mi cuchillo y corté la imagen del vampiro, luego arranqué los fragmentos mutilados, los metí en mi estufa y vi cómo se encrespaban con un deleite salvaje.

Todavía tengo ese marco, pero aún no he reunido el coraje de pintar un tema adecuado para él.